



MANOS CON VOZ PROPIA. QUINIENTOS AÑOS DE LENGUA DE SIGNOS

2. Centros educativos especiales. Los colegios de sordomudos y ciegos en España

El siglo XIX trajo consigo algunos de los grandes descubrimientos en materia médica y fisiológica relacionados con la sordera. Así, en 1851, los estudios descubrieron la cóclea, principal encargada, gracias a sus células pilosas, de transmitir el sonido hasta nuestro cerebro. Todo este siglo supuso un importante punto de inflexión en la historia de la sordera, en la consideración social de aquellos que la padecían y también en el interés por ofrecer una educación para los afectados por ella.

A finales del siglo XVIII y pretendiendo emular lo que ya se había conseguido en París, aquí en España, se dieron los primeros pasos hacia la creación de las escuelas, entonces llamadas de sordomudos. En Madrid, en 1795, por decreto del Rey Carlos IV, fue el propio Godoy el encargado de buscar emplazamiento y profesor para todos aquellos que carecían de oído. Y así fue como el padre Fernández de Navarrete acogió en las Escuelas Pías de Lavapiés la primera aula. Posteriormente, se trasladó a la Casa de la Panadería, en la plaza Mayor de Madrid, donde permaneció hasta 1802. Entonces era conocido como Colegio de Sordomudos de San Fernando y su nombre cambió a Real Colegio de Sordomudos cuando se hizo cargo del mismo la Sociedad Económica Matritense. Seguir la historia del Colegio de Sordomudos resulta muy complicado puesto que tuvo una vida muy azarosa, llena de penurias económicas, asaltada por hechos históricos que frenaron su avance y constantes idas y venidas. En cualquier caso, en 1803, se publicó el primer Reglamento del Real Colegio de Sordo-Mudos, que puede verse en las vitrinas de esta exposición. Fue entonces cuando se ubicó en la calle de las Rejas, bajo la dirección de Juan de Dios Loftus y Bazán con solo seis niños. El primer impulso constante, tras varios cambios de emplazamiento, tuvo lugar tras el fin de la Guerra de la Independencia, en 1814, cuando se le concedió al Real Colegio una sede en la Calle del Turco, donde permaneció hasta 1866.

Nuevos reglamentos y directores hicieron avanzar a este centro, que se unió a la Escuela de Ciegos en 1842, pasando a llamarse Real Colegio de Sordomudos y de Ciegos. No fue hasta mediados del siglo XIX, con Juan Manuel Ballesteros a la cabeza, cuando se consiguió alcanzar lo que muchos historiadores han llamado la “edad de oro” de la educación de los sordos en España.

En los primeros reglamentos de la escuela se dejó bien claro que el fin último era el uso de la voz, comprender a los demás hombres por medio de la observación de la boca y llegar a aprender aspectos básicos como aritmética, gramática y ortografía, principios de geometría y, por supuesto, una educación religiosa. Tal y como afirmó el Duque de Híjar, director de la Real Sociedad Matritense, se trataba de hacer de un ser racional inútil, un ser útil. Los dictados de la escuela se materializaron en su director, Tiburcio Hernández, y permanecieron inalterables muchos años hasta llegada de Carlos Nebreda López.



El objetivo fue conseguir una buena educación enfocada al trabajo, capacitar a las personas sordas para que pudieran desempeñar un empleo digno acorde con su capacidad y desarrollo intelectual y con su condición social. Dependiendo de esto, se les enseñaban oficios cuyo aprendizaje no requiriera una gran base científica, como los de ebanista, tallista o joyero, hasta zapatero, sastre, encuadernador o jardinero.

En Barcelona, fueron Hervás y Panduro y Juan Albert y Martí () los promotores, en 1800, de una escuela municipal, gratuita y universal. Aquí radicó su principal novedad, al contrario que el colegio de Madrid, la escuela de Barcelona no contó con el apoyo de la Corona y propuso una educación para todos por igual, independientemente del nivel económico y el sexo del alumno. Todos estos aspectos no surgieron en la capital hasta muchos años después. Precisamente por carecer de apoyos suficientes y por el abandono de Hervás a causa de la segunda expulsión de los jesuitas, la escuela de Barcelona desapareció al poco de haber comenzado su andadura. Volvió a ponerse en marcha en varias ocasiones posteriores aunque sin éxito por entonces y sin dar a conocer el método educativo que se empleaba. Una historia de idas y venidas que ya viene siendo habitual.

En cuanto al método de enseñanza, en el Real Colegio de Sordomudos, fue variando con el paso de los años dependiendo de la figura del director en cada momento. En el periodo de Tiburcio Hernández (1814-1823), el objetivo principal fue trabajar para comprender la lengua oral escrita y posteriormente su puesta en práctica. Se trabajaba en el aula con unas cartulinas que contenían cada una de las letras en grafía de imprenta y en grafía cursiva (ambas en mayúscula y minúscula). Se enseñaba al sordo a identificarlas visualmente, a asociarlas mentalmente con el alfabeto manual y después a escribirlas. Una vez comprendidas y aprendidas, se les enseñaba la pronunciación de las mismas.

Para Ballesteros, el Programa general de la enseñanza de sordomudos, en su momento, estuvo dividido por clases en las que se especificaban cada uno de los contenidos que se habían de tratar. En ellas desgranaban diversos momentos de la enseñanza del alumno, destacando la importancia que tendrían para estos la escritura simbólica: signos figurativos, simbólicos y alfabéticos, previamente aprendidos, a modo de una tabla que después permitiese expresar determinadas ideas y palabras.

El método empleado por Villabrilie fue también muy teórico, pretendiendo introducir la comprensión paulatina de las palabras y sus significados. Comenzando por el abecedario, después un silabario, primeras clasificaciones de palabras, la reunión de las mismas por grupos (seres, animales, artes y oficios, pesos y medidas, adjetivos, pronombres, verbos...) Una especie de vocabulario con un número de palabras determinado que eran, a su entender, las imprescindibles para poder comunicarse.

En realidad, se trató del estudio del español aplicado a las necesidades de las personas sordas. No existió una intención clara, al menos todavía, de proporcionarles una enseñanza combinada o al menos donde los signos no estuvieran relegados a un segundo plano y solo a su uso como apoyo.



Con la implantación de la Ley de Instrucción Pública de 1857, se reguló y creó una escuela para formar a los maestros interesados en enseñar a sordos y ciegos. En su formación, se hacía hincapié en la dactilología, en el abecedario labial y manual, en las descripciones por signos de determinadas palabras y en la combinación de todos los medios de enseñanza y de comunicación.

La imprenta del Colegio de Madrid editó una gran cantidad de materiales relacionados con la educación de sus alumnos, como es el caso del Manual de clases para uso de los sordo-mudos del Colegio de Madrid de Villabrille, que se recoge en esta exposición. No todos los centros españoles tuvieron la suerte de poder desarrollar semejante labor, aunque la escuela catalana, a menor escala, supo difundir sus métodos y sistemas educativos entre la población, con dos obras de las cuales la BNE: Guía de los maestros de primera enseñanza para empezar la educación de los sordo-mudos, obra francesa traducida por Rispa y Manual para uso de los alumnos que concurren a la Escuela de Sordo-Mudos de Barcelona de Francesc Valls Ronquillo.

Para demostrar los avances conseguidos por los alumnos en estas instituciones, cada fin de curso académico se organizaba una entrega de premios por las actividades más sobresalientes realizadas por los niños y niñas. El reconocimiento consistía en una medalla de bronce para los ganadores de las distintas categorías, como la que puede verse en la exposición, fechada en 1870 y que se conserva en el Museo Nacional del Prado: Premio fin de curso del Colegio de Sordomudos y Ciegos.

Igualmente, otro método de dar difusión al progreso que se conseguía en las escuelas especiales, fue la participación en diferentes exposiciones universales, al igual que hacían fábricas, industrias o artistas. En 1867, en París, y en 1868, en Zaragoza, se mostraron al público aspectos relacionados con la enseñanza de los sordos y ciegos, sus particulares alfabetos, la historia de sus establecimientos e incluso bustos y grabados de las principales figuras de la historia como Bonet o Hervás. Un ejemplo de ellas es El Colegio Nacional de sordo-mudos y de ciegos de Madrid, en la exposición universal de Viena: Su historia. Su estado actual. Sus trabajos, escrito por Nebreda en 1873.

En general, en España predominó un sistema educativo para sordos en manos de oyentes, siguiendo un método oral puro, puesto que el sistema de signos o gestual había fracasado en países como Francia y se creía obsoleto. No obstante, comenzaron a surgir por toda la geografía española centros especiales públicos entre 1861 y 1873: Alicante, Santiago de Compostela, Burgos, Salamanca y Sevilla. Otras ciudades requirieron de la iniciativa privada como fue el caso de Valencia, que abrió sus puertas en 1866 y Zaragoza que hizo lo propio en 1871. Ya en el siglo XX, Madrid contó también con el Colegio de la Purísima para niños sordos, abierto en 1907, gracias a la Congregación de Religiosas Terciarias Franciscanas, que abrieron otros dos centros iguales en Granada y Zaragoza. Todos ellos enseñaron a las personas sordas a través del método oral puro hasta épocas muy recientes.